

TRACE

Traditional Children's Stories for a Common Future

Las Rocas Rojas

Marija Šarac



Co-funded by the
Erasmus+ Programme
of the European Union



En la desembocadura del río Cetina, en el rápido y verde río Karst, se alza Mosor, la montaña de piedra gris. Allí no hay bosques frondosos como cabría esperar, situada en la orilla derecha del Cetina, debido a su altura parece estar vigilando el río. Las vistas son tan rocosas como la misma montaña. Todas las tormentas que se ciernen sobre las aldeas dispersas a los pies de Mosor y en la otra orilla del Cetina se desencadenan en la cima de la montaña. Oscuras y repletas de rayos, relámpagos y vientos horribles, amenazan a las cosechas y a los esfuerzos de los campesinos.

Allí, donde se encuentran la falda de la montaña y el incansable Cetina, las rocas son un poco diferentes. El mero contacto de esas frías y poderosas rocas con el agua cristalina y ruidosa las ha cambiado. En esa parte, el río fluye en calma hacia la próxima cascada peligrosa. Es extraño, entre todo ese gris apagado, ver claras rocas rojizas escondidas en el cruel cañón. Estas rocas esconden un montón de cuevas y manantiales que se bañan el cañón con lluvias torrenciales en grandes cantidades.

La gente siempre ha observado la montaña para prepararse para el mal tiempo que se avecinara de alguna manera han sabido que el Mosor también les observaba a ellos. Son conscientes de que las piedras no tienen ojos y que solo las hadas pueden vivir allí, en las lejanas alturas. Siempre han sabido de su existencia.

La gente no teme a las hadas. Simplemente, uno no debe molestarlas. Las hadas tienen sus leyes y la gente no tiene por qué entenderlas. Tan solo respetarlas.

Mare era una linda niña. Desde bien pequeña, uno podía darse cuenta de que era más lista que las otras niñas. Cuando se tenía que socorrer alguna cabra o algún cordero del agua o de alguna roca, o cuando se debía cruzar el arroyo con un caballo cargado, ella era la primera en hacerlo.

Sus flautas hechas de la corteza de los árboles emitían el sonido más bello, aun cuando sus dedos eran tan pequeñitos para tocar de esa forma. La niña solía cantar mientras vigilaba el rebaño en los prados. Su madre no tenía que regañarla mucho, ya que Mare era obediente y la ayudaba a lavar la lana en el Cetina sin temor alguno. Tampoco tenía miedo de volver a casa sola por caminos secundarios. Por el camino, siempre recogía flores para dárselas a su madre.

Mientras bailaba, jugaba o calmaba al caballo, siempre tenía la sensación de que alguien la observaba. En muchas ocasiones se daba la vuelta, pero allí no había nadie. Tenía la sensación de que alguien la observaba, pero no por detrás, si no desde arriba. Esto no la hacía estremecerse, pero alzaba la vista, hacia la montaña, esperando ver quién era.

Mare creció y llegó el momento en el que debía bailar en un círculo (kolo) con otras muchachas. Bailaba, cantaba y reía a carcajadas. A veces le parecía que su forma de cantar y su risa se mezclaban con el murmullo del río, y que todos los sonidos resonaban en las rocas de la otra orilla. De vez en cuando, le parecía que volvían a ella, pero de otra forma,

con palabras que no podía comprender en una suave canción que no conocía, pero que le agradaba. Creía que era un secreto que guardar, pero no un secreto terrible, sino más bien un regalo especial que no iba a perder o a compartir.

Hubo más y más momentos así en su vida. Le seguía un suave susurro cuando bailaba y cantaba sola. Y ese susurro... era tan suave, tan cálido... que a veces escuchaba en él una risa tranquila y juguetona. No sé podía entender una palabra. Aunque no sucedía cuando estaba en compañía, cuando más claro lo podía escuchar era cuando se acercaba a caballo al estanque. El silbido del viento se convertía entonces en el sonido de extrañas palabras y alegre risa que ya conocía.

Algunas mujeres de la aldea lo sabían y le advertían, con lo que parecía ser buenas intenciones:

“No bailes tanto, Mare, no te dejes el pelo suelto... No juegues con el caballo... Te verán las hadas. Es peligroso.”

Sin embargo, Mare no hacía caso. No veía nada malo en que le gustase todo aquello y no pensaba deshacerse de aquellas extrañas canciones, palabras y risas.

Una tarde de verano, cuando los aldeanos volvían a casa del campo con el cielo rojo y la tierra seca y dura les dificultaba el camino, Mare decidió quedarse un poquito más al lado del río Cetina. Había planeado descansar al lado de las aguas que tanto le gustaban. Sabía que aquellos que le cantaban quizás aparecerían, podría disfrutaría un ratito de su canción y luego volvería a casa.

De repente escuchó el ruido de unos cascos, y no era solo un caballo, sino docenas de ellos, acercándose al galope. Dirigió la mirada a su caballo, que alzó la cabeza, pero no pareció estar asustado. Tan solo relinchó y sacudió su bonita crin, como si se hubiese encontrado con algún conocido. Luego, Mare se dio la vuelta y vio a unas diez chicas de excepcional belleza. Sus vestidos brillaban como el agua y el rojizo del atardecer. Tenían el cabello suelto, sus rostros eran blancos y sus ojos verdes como el agua del río Cetina...

Bailaban, se retorcían y reían en los prados, y cantaban... Y aquella canción resonó con el suave eco de la montaña, en el murmullo del arroyo y en el canto de los ruiseñores. Mare las observó, preguntándose por qué podía escuchar aquellos caballos, pero no verlos.

Vio cómo bailaban y entonces, de repente, el bajo del vestido de una de las hadas se levantó y vio que en lugar de pies tenía cascos. En ese momento se dio cuenta de que eran hadas de verdad. Recordó lo que las mujeres de la aldea le solían repetir y no se arrepintió de no haberles hecho caso, puesto que si lo hubiese hecho nunca podría haber presenciado aquello. Las hadas se dirigieron a ella y le dijeron que habían venido a bailar en el círculo junto a ella y que siempre le habían estado observando desde el lado de Poljica. Habían visto su valor, su amor y todo el cariño que le había dado a su caballo. Mare tenía todas las cualidades que las hadas esperaban encontrar en alguien con quien bailar en el círculo. Así

que sonrieron y levantaron las manos, y Mare corrió hacia ellas y bailó el baile más bello de toda su vida. Finalmente, podía entender aquello sobre lo que las hadas cantaban.

Las hadas eran juguetonas, peinaron la crin del caballo y galoparon con él por el campo, a pesar de que se había hecho de noche hacía ya rato. El cielo estaba estrellado y había luna llena, se podía ver como si fuese de día. Corrieron hacia el manantial, por los campos y prados, las rocas y los arroyos. Cantaron y bailaron toda la noche. Antes del amanecer, acompañaron al caballo de regreso a casa y se llevaron a Mare con ellas hacia las cuevas de las Rocas Rojas.

Cuando su madre se dio cuenta de que aquella noche ni Mare ni el caballo habían vuelto a casa, rompió a llorar amargamente. Preguntó a las otras chicas, pero nadie la había visto. Buscó a Mare durante toda la noche gritando su nombre, tras lo cual se sentó frente a un pórtico de piedra en un pequeño banco de madera, mirando hacia el cielo estrellado y rezando a Dios, esperando distinguir los pasos de su hija de entre cada uno de los sonidos que escuchaba.

Al amanecer vio al caballo entrar a galope en el establo, completamente mojado. Aún estaba oscuro, por eso tuvo la esperanza de que Mare también hubiese vuelto. Siguió al caballo y se apresuró a entrar al establo, pero Mare no estaba allí. Luego miró al caballo con más detenimiento y se dio cuenta de que tenía una trenza el doble de larga que su crin, lo cual no podía ser obra de un ser humano. La madre supo entonces que habían sido las hadas. Su corazón dejó de latir. Era consciente de que toda búsqueda era en vano. Si a las hadas les había gustado Mare, la dejarían volver. Tan solo podía rezar y esperar que así fuera. Durante siete días, Mare se divirtió junto a las hadas. Por la noche, a la luz de la luna, bailaba y cantaba con ellas. Lavaba su cara en el manantial con ellas. Por el día, dormía en las profundidades de las cuevas, en lo alto de las rocas. Por fin podía entender su idioma. Le dijeron que los seres humanos nunca se quedaban a vivir con ellas, que sería devuelta a su hogar cuando la luz de la luna desapareciese.

No tuvo que dar nada a cambio por todas las cosas buenas que había vivido, pues le habían sido otorgadas gracias a sus cualidades especiales, su valor y su bondad. Le prometieron que las hadas siempre le ayudarían si en algún momento alguien le atacaba en la aldea, en cuyo caso tomarían venganza y le harían la vida imposible a aquella persona. Tan solo había una condición: Nunca jamás podía revelar cómo se llegaba a las cuevas de las Rocas Rojas de la montaña de Mosor, ni que las hadas existían en realidad. Debía mantener el secreto de sus vidas y de los manantiales a los que solían acudir para mostrarse ante las personas. Para Mare esto no era complicado, a pesar de estar siempre dispuesta a ayudar a la gente, no solía hacerles mucho caso, así que guardaría el secreto. Además, no quería hacer enfadar a las hadas, ahora eran sus amigas.

El séptimo día volvió a casa. Cansada de tanto bailar, despeinada y llena de trenzas, con las mangas y su falda rotas... Abrazó a su madre. No lloró, permaneció tranquila. Ahora estaba protegida. La gente de la aldea no le hizo muchas preguntas, tan solo decían: “¡Ha sido llevada por las hadas a las rocas del Poljica!”

Y así, Mare vivió una vida tranquila llena de recuerdos que jamás compartió.